

Acerca de las intenciones escultóricas de José Manuel Ramos

La escultura en homenaje a Antonio Ponz Piquer (Bejís, 1725-Madrid, 1792), erigida al aire libre en su pueblo natal con ocasión de los doscientos años de su muerte, es una escultura contemporánea, en tanto que no trata de imitar los modelos de imaginería propios de otros tiempos. La obra responde a las inquietudes plásticas de su autor y tal vez sea esto lo mejor que se pueda decir de una pieza artística pública contemporánea: que el responsable ha actuado con arreglo a sus principios. José Manuel Ramos así lo ha hecho. Una vez más utilizó la piedra. En esta ocasión la piedra se convierte en único protagonista, y probablemente lo hizo con la intención de subrayar el carácter individual del homenajeado; la piedra, por supuesto, no es una piedra cualquiera, sino un magnífico mármol de Ulldecona, posiblemente con la pretensión de dejar constancia de la sólida dignidad eclesial del personaje, quien por cierto, había estudiado en el Seminario de Segorbe.

La colección que ahora se presenta en la Casa de Garcerán puede contemplarse como una introducción al trabajo escultórico de José Manuel Ramos. Este breve recorrido por su trayectoria, adecuadamente seleccionada, permite observar el interés del creador por los materiales, cuya preferencia se mueve -como puede apreciarse- entre la piedra, de diferentes calidades y fisonomías, y el metal, hierro a veces y bronce otras.

En ese contraste, presente prácticamente en cada pieza, reside uno de los acentos a tener en cuenta del lenguaje plástico de José Manuel Ramos, consecuencia del diálogo establecido por el escultor con sus materiales. Un diálogo en el que se respeta la voz de la piedra y el metal, para concluir conviniendo el resultado final, donde quedan patentes las tensiones interlingüísticas capaces de generar una dinámica propiciadora de la vitalidad de la obra.

El contraste y las tensiones apuntadas constituyen otro de los aspectos que, desde mi óptica, surge como fundamental en el proceso plástico: mientras la piedra opta por una presencia constructiva, el metal funciona expresivamente. Hay una suerte de comunión de orden y caos, de razones y emociones, que define la mentalidad contemporánea del producto.

Pero, como no sólo importa la estética, sino que también interesa la comunicación, cabe señalar que, mientras la piedra suele actuar como contexto más o menos escenográfico, delimitando el espacio escultórico, el metal se manifiesta como representación del ser humano, evocando las versiones de las pinturas rupestres, las cuales se sitúan en una suerte de minimalismo que las hace más propias del universo coetáneo.

José Manuel Ramos sabe jugar y conjugar el primitivismo con la modernidad, consiguiendo ese complejo resultado de esfericidad que supera cualquier fijación de las coordenadas espacio-temporales.

Rafa Prats Rivelles
Crítico de arte